



EscriVid ²⁰/₂₀

Reflexiones y escrituras en
torno a pandemia(s) y
aislamiento(s).

EscriVid 2020. Reflexiones y escrituras en torno a pandemia(s) y asilamiento(s) / Paula Vega ... [et al.]; compilado por Guadalupe Reinoso; Alicia Vaggione.- 1a ed.- Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1614-6

1. Pandemias. 2. Aislamiento Social. 3. Ciencias Sociales. I. Vega, Paula. II. Reinoso, Guadalupe, comp. III. Vaggione, Alicia, comp. CDD 303.48

Publicado por el Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC | Córdoba - Argentina

1° Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de tapa y portadas interiores: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interiores: María Bella

Corrección de contenidos: Florencia Colombetti y Lucía Bima



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

EscriVid 2020

Reflexiones y escrituras en
torno a pandemia(s) y
aislamiento(s)

Compiladoras:

Guadalupe Reinoso

Alicia Vaggione

Área de
Publicaciones

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades | UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba



Pandemia y conspiración:

*de la ficción paranoica
a la posibilidad de un
nuevo realismo*


Santiago Ciordia*


Ignacio Davies*

Introducción

Recientemente, tuvieron lugar, en Argentina, distintas marchas a las que les cabe, entre otros, el calificativo de *anticuarentena*: manifestaciones que se inscriben, sin duda, en la tendencia ideológica de lo que se ha llamado la *nueva derecha*, cuyos nombres tal vez más poderosos y resonantes en el mundo son Trump y Bolsonaro, aunque no los únicos. Entre los repudios, se encuentra el de las medidas gubernamentales de aislamiento preventivo, la reivindicación de cierta idea de libertad,

* Ambos egresados de la carrera Profesorado en Filosofía (FFyH-UNC). A su vez, los dos se encuentran finalizando la carrera de Licenciatura en Filosofía (FFyH-UNC).

 santi_cio_93@hotmail.com

 nachod-21@hotmail.com

variantes muy enconadas y difusas de antimarxismo, acusaciones de complicidad conspirativa entre la OMS y figuras como Bill Gates, etc.

En medio de este fenómeno, el tipo de discursos que nos mueve a reflexionar son las teorías conspirativas o *conspiranoicas* (según el uso popular que combina paranoia y conspiración). Se trata de una serie de discursos muy cuestionables que pretenden un conocimiento de la verdad oculta detrás de la engañada opinión común. En nuestros días, suelen negar la existencia de COVID-19 o afirmar que es un virus planeado y creado en un laboratorio con fines específicos, incluso, llegan a sostener ambas cosas en simultáneo. Sin detenernos en las especificidades de los relatos ni en la veracidad o verosimilitud de cada uno, conviene, tal vez, pensar en aquello que tienen en común, para tratar de entender el lugar que ocupan dentro del momento político que atraviesa hoy nuestra especie sobre la tierra.

Sin duda, no tenemos la posibilidad de rechazar de cuajo toda teoría conspirativa, pero sí asumimos que su carácter infundado y su éxito explicable es algo bastante generalizado en referencia al contexto de lo que se ha llamado la posverdad, el cual incluye de forma, suponemos, no contingente, el ascenso de las líneas políticas a las que ya hicimos mención.

Para dar cuenta del marco más general dentro del cual pensamos, nos parece propicio tener en cuenta ciertas características del ejercicio del poder en las sociedades de control, siguiendo el trabajo de distintos pensadores, de los cuales el nombre más resonante podría ser el de Gilles Deleuze. Con relación a los discursos conspirativos, es notoria la proliferación que este tipo de teorías en el contexto de esta configuración del poder, como así también de ficciones que hacen de la paranoia y la conspiración un tópico, como pudimos ver atendiendo a diferentes desarrollos teóricos en torno a los relatos conspirativos.

Si asumimos que, de algún modo, estos discursos son virales o, más aún, son parte del virus (entendido como *infovirus*, una mutación que le ha permitido pasar del plano biológico al plano simbólico), ¿cuáles son las condiciones que dan lugar a la replicación de este tipo de información? ¿Cómo podríamos, si acaso resulta deseable, contrarrestarla?

Las Teorías de la Conspiración

En el artículo “Of Conspiracy Theories” (1999), el filósofo estadounidense Keeley afirma que las teorías de la conspiración, en principio, se caracterizan por negar la interpretación oficial u obvia de los hechos considerados. Pretenden revelar secretos ocultos y se apoyan en datos que no quedan suficientemente explicados en la versión oficial o que, incluso, la contradicen: ninguno de estos rasgos implica que sean necesariamente injustificadas, algo que debe ser demostrado en cada caso. Dado que los teóricos de la conspiración pretenden revelar secretos guardados por agentes poderosos, los argumentos que se utilizan contra sus tesis suelen presentarlos como pruebas adicionales de lo poderosa que es la conspiración a la que se enfrentan. La lógica es la siguiente: todo aquel que niega la conspiración resulta sospechoso de participar en ella; de esta manera, la conspiración crece.

Estas teorías del complot sobre el funcionamiento social encuentran una particular presencia en nuestros días o, al menos, eso nos permiten creer las estadísticas de videos y reproducciones en YouTube, los textos editados al respecto, los discursos en ciertas expresiones anticuarentena. Las más renombradas y extendidas versan sobre política global, intrigas palaciegas sobre sectores del poder dominante, su vínculo con logias masónicas e inciertas tradiciones iluministas o lecturas alternativas sobre los atentados del 11-S, hechos puntuales de la Segunda Guerra Mundial, judaísmo satánico, terraplanismo, antivacunas, reptilianos, entre otras. Relatos paranoicos que, en su conjura sobre la otredad, se reproducen tanto del lado del neoliberalismo a ultranza como en los nuevos movimientos contra la globalización.

El atractivo de las hipótesis conspirativas se basa en que permiten dar una explicación abarcadora de acontecimientos complejos. En opinión de Keeley (1999), la propia dificultad del común de las personas de aceptar explicaciones causales complejas —múltiples agentes persiguen diferentes objetivos e intereses, sin un control absoluto de los resultados— es el factor que explicaría por qué este tipo de teorías resultan tan permeables y difundidas. Se trataría de cierta pulsión general de creer en *razones mayores*, fuerzas y motivos ocultos capaces de calmar las sospechas que el azar, como rector de los acontecimientos, no satisface. En palabras de Slavoj Žižek (2008):

La teoría de la conspiración proporciona una garantía de que el campo del gran Otro no es una inconsistente fachada: su premisa básica es que, detrás del Amo público (quién es, desde luego, un impostor) hay un Amo oculto que mantiene, efectivamente, todo bajo control. (pp. 102-103)

Aunque no sea de manera consciente, los *conspiranoicos* suelen presuponer en sus relatos, por ejemplo, sobre el Nuevo Orden Mundial, que el poder es fundamentalmente unitario, que hay personas que tienen absolutamente todo planeado. Desde esta perspectiva, la forma en la que se nos presenta mundanamente el poder (con brechas, fisuras y contradicciones) no es más que una grosera representación de lo que *realmente* hay detrás, una marioneta controlada por quien verdaderamente, como se dice, mueve los hilos. La sobreinterpretación paranoica de la realidad busca reparar las grietas de sentido en el orden social. Por apelar de nuevo a las palabras del pensador esloveno:

La fantasía y la paranoia van inherentemente ligadas: la paranoia es en su aspecto más elemental una creencia en un "Otro del Otro", en Otro que se esconde detrás del Otro de la textura social explícita y que planifica (lo que a nosotros nos parecen) las consecuencias imprevisibles de la vida social garantizando de este modo su consistencia. (Žižek, 2006, p. 180)

El relato paranoico busca eliminar el azar. De manera que el horror que, supuestamente, revela, la maldad oculta tras la fachada mediática, lejos de ser algo temible resulta ser más bien reconfortante por cuanto otorga consistencia al orden social, unifica el poder y todo fenómeno se revela explicable al interior de una totalidad coherente.

La paranoia como atribución de sentido a la totalidad

Estamos, obviamente, frente al problema filosófico de la atribución de sentido a la totalidad: la pregunta ontológica por la existencia de un orden y la aspiración totalizante del poder. Esto nos lleva a pensar en

analogía con las reflexiones de Borges (2019) acerca del laberinto como un símbolo de perplejidad al tiempo que de salvación:

Yo creo que, en la idea de un laberinto, hay un nido de esperanza también (...) en el laberinto hay un centro, aunque ese centro sea terrible, sea el Minotauro. En cambio, no sabemos si el laberinto tiene un centro: posiblemente no sea un laberinto y sea simplemente un caos, entonces sí estamos perdidos. Si hay un centro secreto del mundo (ese centro puede ser divino, puede ser demoníaco), entonces estamos salvados, entonces hay una arquitectura. De modo que también hay un deseo, en medio de la perplejidad de la vida, de encontrar que todo esto es un laberinto, es decir, que tiene una forma coherente. (Borges, 2019)

En la conferencia “Teoría del Complot” (2001), Ricardo Piglia hace referencia a Borges como un escritor cuya posición filosófica consiste en una aspiración a la totalidad. Si unimos el mecanismo de atribución de sentido a la totalidad que explica la creación de teorías conspirativas, podríamos decir, un poco en chiste, que, en nuestros tiempos *conspiranoicos*, todos somos Borges (lo cual podría intentar constatare algún día estudiando, como ya lo han hecho algunos¹, la enorme presencia borgeana en muchas de las series más vistas de la actualidad). En este sentido, Piglia, de un modo más general, aplica esta lógica a la definición de la novela, como respuesta a la aspiración subjetiva propia de las subjetividades modernas:

Cómo comprende un sujeto en la circulación general de la información a la que tiene un acceso relativo, cómo intenta descifrar el funcionamiento social. (...) Me parece que la novela le ha dado a ese tipo de percepción subjetiva de la complejidad de la trama social que no podemos controlar ni conocer del todo —de los acontecimientos políticos, de los flujos económicos y los movimientos del capital, y de todos los elementos que forman la textura en la cual está incluida nuestra propia experiencia— el sujeto personal dice: la novela, la explicación que da es que existe un complot. (Piglia, 2012)

Pero, yendo al nivel específico de la paranoia, Piglia ha desarrollado una categoría en particular, ubicada en continuidad con sus análisis

¹ Un ejemplo interesante en este sentido es Carrión (2011).

del género policial: la *ficción paranoica*. Tomando en consideración sus desarrollos teóricos durante el seminario “Ficción paranoica”, dictado en la UBA en 1991, y la conferencia “Teoría del complot” de 2001, podemos mencionar algunos rasgos constitutivos de esta narrativa:

- 1) Conciencia paranoica, proclive a la sobreinterpretación de los hechos, acciones y comportamientos o *delirio* interpretativo.
- 2) Interpretación que trata de borrar el azar: una construcción deliberada que aspira a comprender el sentido de una serie de acontecimientos y descifrar sus *enigmas*.
- 3) Sujeto preocupado por entender la lógica *destruktiva* de lo social: la búsqueda de la clave oculta que descifre los hechos oscurecidos conduce a la paranoia. Esta última, “(...) más allá del caso clínico, es una salida a la crisis de sentido” (Piglia, 1991, p. 3).

Ahora bien, ¿qué sucede con los acontecimientos en nuestros días? ¿Cómo trazar la conexión entre el modo en que circula esa información a partir de la cual damos forma a la realidad y la necesidad de construir discursos *conspiranoicos*?

Sociedad de Control

Mientras que las viejas sociedades de soberanía dependían de máquinas asociadas a instituciones de sujeción industrial —el aparato carcelario, neuropsiquiátrico, escolar y fabril—, las sociedades de control² se hallan, indisociablemente, unidas a grandes avances técnicos: desde las computadoras a los *mass-media* y los servicios de inteligencia.

Quizás la comunicación y la información ocupen hoy el espacio de normalización antes cubierto por la biopolítica y la disciplina tradicionales. (...) La comunicación y la información, como los dispositivos de vigilancia basados en criterios superficiales de comodidad (Internet, teléfonos celulares), tienen un rostro más difuso. (Rodríguez, 2010, p. 34)

² Usamos la denominación de Deleuze (1991).

Las formas de subjetivación, en este sentido, se hallan marcadas por el *poder libidinal*, la interiorización de dispositivos para modos de información, competencia y, en suma, adaptación (conforme al deseo) a las lógicas mercantiles del neoliberalismo. En lugar de solo castigar, como el poder disciplinario, el poder libidinal seduce.

Por otra parte, mientras que la Modernidad había desanclado las relaciones de sus contextos tradicionales para reposicionarlas en ámbitos “postradicionales de acción coordinados por el Estado” (Castro Gomez, 2000, p. 24), la globalización desancla las relaciones sociales de sus contextos nacionales y las reubica en ámbitos posmodernos de acción, que no son coordinados por ninguna instancia particular: por ello, se afirma que el poder asume un “carácter espectral y nebuloso” (p. 24) en nuestra época. En este sentido, no sorprende que buena parte del abanico conspiranoico suscriba cierto nacionalismo a ultranza, como un modo de darse una posición clara dentro de la totalidad.

Retomando el problema, el sujeto que se enfrenta a su propia necesidad de entender la lógica enorme del mundo social (global) al que pertenece si, por un lado, no obtiene más que un mapa muy difuso, un conjunto de fragmentos con múltiples sentidos posibles, un montón de datos de dudosa procedencia y un sinfín de discursos destinados a persuadir acerca de verdades cuya variedad e inconsistencia abruman; por otro, también puede tomar de ese magma amorfo de representaciones múltiples un relato que cuadre con su deseo y adoptarlo como relato verídico.

Para abordar esta cuestión, Deleuze (1991) habla de *poder libidinal* como aquella capacidad de modelar la psicología de los individuos, de tal manera que cada cual pueda construir reflexivamente su propia subjetividad sin necesidad de confrontar con el sistema. En este sentido, antes que reprimir las diferencias (necesidad del poder en las instituciones modernas disciplinarias), el poder libidinal “(...) las estimula y produce. Para cualquier estilo de vida que uno elija, siempre habrá una oferta en el mercado y un sistema experto que garantiza su confiabilidad” (Castro Gómez, 2000, p. 25).

Infovirus, control, conspiranoia

Tal vez, esto explique, en gran medida, aquella impresión de conjura a escala global, en la que ni siquiera hay un culpable principal identificable —por ejemplo, Estados Unidos— que acompaña y alienta la reproducción de hipótesis conspirativas. Por ejemplo, aquella que señalaba que la llegada del hombre a la luna no fue más que una puesta en escena terrestre dirigida por el mismísimo Stanley Kubrick —quien, por otra parte, en *Dr. Strangelove* (1964), tematizó magistralmente la relación no solo entre delirio conspirativo y construcción-odio de la otredad, sino también la relación de la conspiranoia con la autodestrucción ciega—.

Hay que decir que, en parte, lo difuso del poder, el hecho de que sintamos como deseo propio lo que en realidad conviene a poderes que nos explotan/alienan, el que la falta de libertad nos parezca la libertad, genera una suerte de horror debido a la sensación de posesión. ¿Cuál es la decisión que nosotros realmente somos capaces de tomar, si todo deseo está, en términos de Mark Fisher (2017), precorporado? Desde esta perspectiva, no es simplemente la realidad, como en la película *The Matrix* (Wachowski, 1999), una ficción, sino que la propia *subjetividad* resulta ficticia. De este horror, hizo singularísima expresión el escritor Williams Burroughs (2013). Vale tomar nota de que Deleuze (1991), en su escrito sobre las sociedades de control, remite al escritor el sentido de su uso del término: “*Control* es el nombre que Burroughs propone para designar al nuevo monstruo” (p. 106).

Ahora bien, Franco Bifo Berardi (2020), reflexionando en el marco de la pandemia, comenta que se encuentra releendo a Burroughs. Señala, en tal sentido, que el escritor ha teorizado sobre el carácter viral de la palabra. Ciertamente, Burroughs (2013) dice: “Mi teoría fundamentalmente es que la palabra escrita ha sido literalmente un virus que hizo posible la palabra hablada” (p. 32). El ser humano, razona Berardi (2020), habría sufrido una “duplicación propiamente esquizofrénica de la mente” debido a la cual su vida ha quedado dividida entre la simbolización abstracta y la experiencia real. El pasaje de la dimensión natural a la dimensión cultural, según la hipótesis de Burroughs, ha sido esencialmente un contagio.

En este distanciamiento interior que padece el primate, queda obligado a hablar, queda compulsivamente conectado al uso del lenguaje. No podría el hombre moderno, según Burroughs, detener su discurso subvocal más de diez segundos. Hablará consigo mismo, inevitablemente, al cabo de este lapso, quien lo intente. El lenguaje puede pensarse, así, en los términos en que Freud habló del inconsciente: algo que nos pertenece, pero no nos pertenece, la íntima tierra extranjera desde la cual nos vemos impulsados a cometer las peores acciones con la misma libertad de elección que la que un perro rabioso tiene respecto de morder. El contagio marca para Berardi (2020) una mutación que, llegada la modernidad donde “el abstracto toma progresivamente el lugar del concreto” (por ejemplo, el mercado financiero, que constituye una inmensa circulación de signos desplazando la experiencia real de los humanos), acelera el sufrimiento y la locura.

Ahora bien, Berardi se permite un relato análogo al origen del lenguaje para pensar la historia del COVID-19, distinguiendo el nivel biológico, el nivel simbólico, el nivel psíquico y el nivel social. Para él, el coronavirus es un virus biológico que ha devenido infovirus. Las consecuencias de esto tienen que ver con una omnipresencia del tema en los medios, pero también con una ansiedad, una atención y un deseo, por parte del público, a estar permanentemente recibiendo información, sea la que sea, al respecto, y hablando a su vez sobre el virus.

En este sentido, la imaginación de Bifo se dispara hacia el hecho de que al efecto físico del virus, mediatización informativa mediante, se agrega un efecto sobre los nervios y la mente. Se trata de un efecto psíquico que no puede sustraerse al estado de convulsión general en el que el mundo se encontraba en el año 2019, como no pueden sustraerse los daños físicos del virus al estado de debilidad en que los cuerpos ya se hallaban previamente por circunstancias ambientales. La película *Joker* (Phillips, 2019), para el autor, expresa muy bien “la relación entre sufrimiento mental y explosión de algo que no tiene un horizonte político ni colectivo, pero es la explosión de un cuerpo que no puede seguir a aquel ritmo” (Berardi, 2020). En esta línea, Bifo piensa la desaceleración de la máquina capitalista, el abandono del ideal del progreso y del *crecimiento económico*, como efecto de la deflación psíquica, si no en el ámbito de lo probable, al menos sí en el de lo posible y en el de lo deseable.

Lo interesante, en este punto, es tal vez pensar en los discursos de la *nueva derecha* ligados íntimamente al conspirativismo anticuarentena. Uno de los carteles más famosos de la marcha del 17-A fue el que decía “el virus es el marxismo”. Sin duda, una frase con muchísimas implicancias discutibles, pero a la que hay que reconocerle un punto de verdad: somos más los infectados por la dimensión simbólica del virus o, dicho de otro modo, es el efecto ideológico del coronavirus la sacudida más fuerte que tal vez estemos sufriendo. El *infovirus* es esa mutación del COVID-19 que produce una mutación en el cuerpo social, pero... ¿podemos realmente pensar que habrá de producirse un cambio revolucionario?

La viralidad de la información cruzada en tiempos de COVID-19 y el carácter nebuloso/espectral de la representación que las subjetividades pueden tener del poder estarían, si ligamos los conceptos que venimos desarrollando, muy unidas. Cuanta más información circula, mayor es la dificultad de separar la información valiosa de la desechable. La sutil modalidad libidinal del poder que, como vimos más arriba, se fue produciendo en complemento y reemplazo de la modalidad disciplinal, en el marco de cierta crisis del encierro, se ve actualmente complementada con una extrema medida de encierro, que intensifica nuestra confluencia libidinal con la información. Nuestras vidas siguen operando, cada vez más evidentemente, sin un fundamento claro para decidir sobre asuntos políticos, sobre el sentido de las medidas de aislamiento y, ni que hablar, sobre el futuro de la economía. El punto, a nuestro entender problemático, es que, aún sin fundamento, abundan las certezas.

La dimensión política de la narrativa paranoica

Aparece aquí una intuición, bajo el influjo de cierto aire posmoderno, de situar la articulación del lenguaje por sobre la pretendida objetividad de *los hechos*. En todo caso, ¿en qué se fundamenta lo social, sino en el intercambio de relatos, rumores y códigos para una narración compartida, pero fragmentaria, hegemónica, plagada de tensiones e intersticios? De este modo, cierta arena social del discurso sería el

ámbito de disputa política, aunque siempre la referencia última será la de una posición que convence, que puja, que se afirma por sobre otras. En el fondo, es la idea, que osamos llamar nietzscheana, de la verdad como un ejército de metáforas, una ficción que triunfa, se impone, en detrimento de una idea de verdad por correspondencia con una realidad objetiva.

En este sentido, señala, con mucho acierto, Bosteels (2012) que es necesario atender a los usos efectivos de la información en nuestra época: “¿Con qué especula el mercado sino con los secretos y adelantos de información, poco o nada importa que sea falsa o simulada, si cabe todavía mantener una división tajante entre verdad y simulacro en la Bolsa?” (p. 53).

Esta idea de la verdad confiere a la temática conspirativa una potencia particular, tanto por cuanto constituye “prácticas de construcción de realidad alternativas” (Piglia, 2001, p. 20) como por el desciframiento de cierta “lógica de lo político” (p. 23) de nuestro tiempo. Piglia encuentra en esto un poder de la paranoia que trasciende los marcos de la literatura conspirativa y que, como decíamos, constituye *per se* una salida de un estado crítico, al menos especulativamente. Nos recuerda, también en este sentido, la performatividad del lenguaje, esto es, la capacidad que las palabras tienen de no simplemente reflejar la realidad, sino más bien de producirla.

El marco en el que Piglia desarrolla lo explicitado en el párrafo anterior es la conferencia “Teoría del Complot” (2001), impartida pocos días antes del atentado del 11 de septiembre de 2001 a las Torres Gemelas. Ese momento marca un quiebre histórico entre cuyas particularidades surge la figura de un enemigo para los EE. UU. que legitima el establecimiento de un estado de excepción donde el Estado puede llevar a cabo las más estrictas prácticas de control y vulneración de derechos civiles.

Si se mira bien y, en línea con lo que algunos intelectuales³ han escrito a propósito de la actual pandemia, el coronavirus es un enemigo perfecto que ha permitido que todo el ejercicio de poder en los términos *libidinales* ya descritos más arriba se vea suplementado con la legitimidad del encierro a niveles inhabituales. Sumando el hecho de

³ Véase: Agamben (2020).

que el año anterior fue de una muy particular agitación política en las calles de muchas ciudades del mundo y que las situaciones económicas son, en general, de fuerte endeudamiento para muchos Estados, las medidas excepcionales resultan sospechosas eventualmente para el sujeto consumidor de noticias y escuchante del discurso oficial. Es difícil e indeseable sostener que, simplemente, sea insano, patológico o absurdo plantearse dudas respecto de la legitimidad o transparencia en cuanto a las medidas de aislamiento.

Pero, el verdadero problema surge cuando observamos exactamente qué posición significativa, en el espectro discursivo geopolítico, está sustancialmente constituida por construcciones conspiranoicas como las que nos interpelan en este trabajo.

Nueva derecha y posverdad

La *nueva derecha* es el nombre que se le dio a una tendencia política cuyas ideas conservadoras se pueden ver en distintas partes del mundo y cuyo poder se ha mostrado creciente. Donald Trump, Jair Bolsonaro, Marine Le Pen, Mateo Salvini, Victor Orbán son solo algunos de los nombres que, en todo el mundo, ocupan posiciones de poder con alto índice de apoyo. Esto significa que en buena parte del mundo hay una pregnancia de ideas racistas, antiinmigración, homofóbicas, católicas ortodoxas, antileyes y educación de género, antiaborto, económicamente liberales, y con la particularidad de identificar como enemigo al magnate judío George Soros. De esto último, se sigue una línea conspirativa que identifica toda expresión cuestionadora de aquellas ideas como auspiciadas económicamente por este empresario y, además, como marxistas o comunistas. La idea, en general, sería que un empresario auspicia el marxismo con objetivos secretos como la reducción poblacional y otros. Se asume que la pandemia es una cruzada sionista-satánica para vencer el reinado de Cristo en la tierra; se piensa que hay un grupo muy selecto que consume el elixir de la juventud cuya materia prima son fetos; y existe toda una línea que tiende a converger con la idea de que Bill Gates está consustanciado en esta conspiración y busca promover el control social mediante un microchip, contenido en la vacuna que él produce para contrarrestar el virus que, además, hizo crear y plantó.

Por muy difícil que parezca creer en todo esto —con base en la información existente—, no quita que, de hecho, se lo crea. Y, en este sentido, no hemos de desmontar el relato muy simplista y aproximativo que intentamos usar como ejemplo ilustrativo, sin afirmar que sea único. Vale solo como una constatación de que el discurso conspirativo es una extensión directa de discursos muy significativos a nivel mundial, ampliamente aceptados, con un alto nivel de representatividad, en parte, debido a la indignación de sentido común que estos discursos asumen. Nuestra lectura hipotética es que existe algo, en el deseo de ciertos grupos, que entrama con el odio presente en los discursos neo-derechistas.

Siguiendo al famoso pensador y divulgador mediático de filosofía, Darío Sztajnszrajber (2016), el fenómeno conocido como posverdad puede caracterizarse justamente como aquel donde

(...) la acción que realiza uno, frente a una realidad amorfa y pasible de ser interpretada, por leer de la realidad solamente lo que cuaja y cierra a lo que cree de antemano y quiere justificar; entonces, siempre vamos a encontrar en la realidad la *data* recortada que nos sirva.

La *nueva derecha*, en ese sentido, obtuvo triunfos que

(...) han estado avalados o trabajados a partir de campañas que son de fácil cuestionamiento en cómo sus discursos establecen verdades que no pueden ser comprobadas fácticamente y que sin embargo no sólo sirven a sus intereses, sino que parecería que hay un campo abierto para aceptarlas... no importa si algo es verdadero o no en la medida en que ciertos dispositivos de poder lo ponen en juego y hay una sociedad ávida de querer creer en algo. (Sztajnszrajber, 2016)

Las razones por las que una sociedad puede querer creer en una cosa o en otra —por ejemplo, en el carácter simple y popular de un líder, en el rechazo de diversas otredades, en la meritocracia— son múltiples y complejizan el tema fuera del alcance de nuestro presente ensayo.

Lo que sí nos atrevemos a constatar es que la efectiva tendencia social a asumir discursos conspirativos poco sustentados y con gran magnitud de odio se ve posibilitada no solo por internet y la posibilidad ilimitada de emitir *fake news*, sino, en parte, por la pérdida de la

posibilidad de salir del ámbito de los signos para sustentar un discurso. Es decir, estamos en el marco del discurso y la información, y llegar a la verdad objetiva mediante procedimientos de demostración fáctica se torna una misión imposible. El discurso está hecho de signos y, para fundamentarse, se refiere a otros signos. Esta autorreferencialidad del lenguaje es lo propio de la posverdad.

Los discursos de la posmodernidad, entre los cuales podemos ubicar a Sztajnszrajber como una imagen mediática y representativa, encuentran en la posverdad un problema y, al mismo tiempo, una apertura. Ya que, si bien no podemos discutir a la derecha apelando a una verdad objetiva, la falta de una verdad es también lo que posibilita que, al menos en términos teóricos, siempre podamos no tener razón, al tiempo que todo discurso resulta en última instancia pasible de cuestionamiento/negación.

La posibilidad de una alternativa en el nuevo realismo: ¿a quién le conviene la posverdad?

Al efecto liberador que ha tenido la posibilidad de negar la verdad objetiva en pos de desnaturalizar enunciados ideológicos, no lo vamos a negar. En la misma línea, encontramos la exaltación, al menos literaria, de las virtudes de la ficción literaria en el estudio de Ricardo Piglia (1986). En un mundo donde la realidad es el cruce de signos, relatos, rumores, la aspiración a la totalidad a través de la imaginación produce utopía, mundo posible, futuro alternativo no circunscripto a la política neoliberal. En cierto modo, el apoyo de esta idea es que ninguna verdad tiene asidero en lo real, por lo tanto un discurso ficcional potente podría hacer contrahegemonía.

No obstante, muchos pensadores se han puesto a reconsiderar la posibilidad de pensar en entidades más allá de los signos, ante determinados fenómenos alarmantes que resultan, sencillamente, negados por la *nueva derecha* a través de su potente discurso paranoico.

Hace ya más de una década, Bruno Latour (2004) se preguntaba si la teoría crítica no estaba acaso usando armas obsoletas, al abocarse a la tarea de desenmascarar y desacreditar creencias, apelando a un cier-

to orden oculto al sentido común. En definitiva, tal es el método que usan las teorías conspirativas, las cuales, como vimos, tienden a ser críticas en el sentido de negar fenómenos muy preocupantes —tales como el desastre climático— y reales, a partir de un orden verdadero, al cual se accede mediante un método privilegiado y no ideológico de conocimiento. El enemigo, en este sentido, ya no sería aquel para el que surgió esa técnica desacreditadora. Así,

(...) el peligro ya no vendría más de una excesiva confianza en los argumentos ideológicos postulados como problemas de hecho, como hemos aprendido a combatirlos eficientemente en el pasado —sino de una desconfianza de problemas de hecho pertinentes como prejuicios ideológicos. (Latour, 2004, pp. 19-20)

Esta idea, que refiere al problema del negacionismo, va a ser complementada con la invitación a un nuevo realismo en cuyas complejidades no vamos a entrar.

Lo que sí hemos de decir es que los intentos de este pensador están conectados de un modo u otro a distintas variantes de un retorno al pensamiento ontológico, ya sea bajo la rúbrica del *realismo especulativo*, del *giro ontológico* o del *Antropoceno*, cartografías teóricas muy ligadas entre sí. En todo caso, nos interesa imaginar, al menos por ahora como simple proyecto, un escenario teórico donde, si bien podemos considerar la existencia de alguna forma de lo real, no se suspenda en modo alguno la tarea crítica deconstructiva o desnaturalizante, permitiéndonos, sin embargo, contar con elementos fuera del discurso o que se sustraen, de algún modo, al nivel de los signos, para sostener la invalidez de determinados discursos. Abrir, en ese sentido, un espacio para reconocer la eficacia política de las cosas, a la vez que abre nuevos sitios de preocupación política en donde el reconocimiento de lo real es necesario.

En cualquier caso, quisiéramos dejar explícitas las siguientes cuestiones: ¿A quién le conviene este fenómeno de la posverdad donde no podemos salir del discurso? ¿La imaginación conspirativa, la representación de la totalidad, la especulación ficcional a qué tendencia está ayudando realmente? Sin verdad objetiva, ¿la gente simplemente es más libre? ¿Podría el nuevo *realismo* ser un antídoto contra la falta de

libertad (dominación) que ciertos discursos conspiranoicos/negacionistas podrían provocar?

Bibliografía consultada

- Agamben, G. (2020). Contagio. En P. Amadeo (ed.), *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia* (pp. 31-33). ASPO.
- Berardi, F. [Colegio de psicoanalistas] (2020, 17 de abril). *El virus como metáfora y como agente material* Teleconferencia organizada por el Colegio de Psicoanalistas y la revista digital *El Psicoanalítico*. [video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=dq73HShbNS8&t=1159s&ab_channel=ColegiodePsicoanalistas
- Boltansky, L. (2016). *Enigmas y complots: una investigación sobre las investigaciones*. FCE.
- Borges, J. L. [RFU - Red Filosófica del Uruguay] (2019). *Jorge Luis Borges: si el universo fuese un laberinto*. [video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=arlrBUwmHws&ab_channel=RFU-RedFilos%C3%B3ficadelUruguay
- Burroughs, W. (2013). *La Revolución Electrónica*. Caja Negra.
- Castro Gómez, S. (2000). Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la invención del otro. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (pp. 88-98). CLACSO Editorial.
- Carrión, J. (2011). *Teleshakespeare*. Interzona.
- Deleuze, G. (1991). Posdata sobre las sociedades de control. En C. Ferrer (comp.), *El lenguaje literario*. Ed. Nordan.
- Deleuze, G. (1995). Control y devenir. En *Conversaciones (1973-1990)*. Pretextos.

- Deleuze, G. y Guattari, F. (1972). El AntiEdipo: capitalismo y esquizofrenia. En *Esquizoanálisis* (pp. 8 - 55). Paidós.
- Fisher, M. (2017). *Realismo Capitalista*. Caja Negra.
- Jameson, F. (1995). La totalidad como conspiración. En *La estética geopolítica* (pp. 83-112). Paidós.
- Keeley, B. L. (1999). Of Conspiracy Theories. *The Journal of Philosophy*, XCVI(3), 109-112.
- Kubrick, S. (1964). *Dr. Strangelove or: How I Learned to Stop Worrying and Love the Bomb* [película]. Hawk Films.
- Latour, B. (2004). ¿Por qué se ha quedado la crítica sin energía? De los asuntos de hecho a las cuestiones de preocupación. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 11(35), 17-45.
- Piglia, R. (1991, 10 de octubre). La ficción paranoica. *Suplemento Cultura del diario Clarín*. https://issuu.com/ele_arg/docs/la_ficcion_paranoica_clarin_1991
- Piglia, R. (2000). Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades). *Revista Casa de las Américas*, (222), 81-93. <http://www.casadelasamericas.org/publicaciones/revistacasa/222/piglia.htm>
- Piglia, R. (2001). Teoría del Complot. *Revista Plácidos domingos*, 8, 4-16.
- Piglia, R. [Televisión Pública]. (2012). *Escenas de la novela argentina - 15-09-12 (3 de 3)*. [video] YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=qQ6FBj9nCFg+25.+00+%E2%80%93+27.20>.
- Phillips, T. (2019). *Joker* [película]. DC Films, Village Roadshow Pictures, Bron Creative Joint Effort Productions, Sikelia Productions.
- Sztajnszrajber, D. [Dorotea]. (2016). *Dario Sztajnszrajber; "Donald Trump y la post verdad" Demasiado Humano*. [video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=TEchpAY1fW4&ab_channel=Dorotea

- Wachowski, L & Wachowski, L. (1999) *La Matrix*. [película]. Village Roadshow Pictures, Warner Bros, Silver Pictures.
- Žižek, S. (2008). Lacan contra el complot de la CIA. En *Cómo leer a Lacan* (pp. 12- 63). Paidós.
- Žižek, S. (2013). *Bienvenidos al desierto de lo real*. Akal.